



21

El evangelio de la Cruz

Avanzamos tratando de comprender mejor nuestra vida cristiana, especialmente a la luz de la bendición de Dios. Recordamos cómo nos hemos ido adentrando, poco a poco, en el misterio de la salvación: *el Bautismo del Señor, su estancia en el desierto y las bodas de Caná. Después hemos visto el evangelio de la misericordia, el evangelio de la redención y el misterio de la Transfiguración del Señor*, donde Él mismo nos invitaba a contemplar su gloria para acompañarle en el camino hasta Jerusalén. Él tiene que padecer, morir, ser sepultado para después resucitar y ser el Señor glorioso de la Iglesia.

Hoy vamos a detenernos en *el Evangelio de la Cruz*. Vamos a darle a esta meditación un matiz de escucha ante la gran proclamación del evangelio de la cruz de Cristo. Un evangelio que es el gran anuncio de la salvación a través de Jesucristo crucificado. El Señor ha padecido para salvarnos; por su cruz y su pasión, por su muerte y resurrección hemos sido rescatados, hemos sido redimidos.

Por eso vamos a recordar la fe de la Iglesia, que durante más de veinte siglos ha proclamado y sigue proclamando el Evangelio de la salvación de los hombres por Jesucristo crucificado y resucitado. El Catecismo de la Iglesia Católica nos va a servir de guía. Iremos comentando lo que nos dice, a partir del número 571, sobre el artículo de fe con el título: “**JESUCRISTO PADECIÓ BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO**”.

Texto (CIC 571)

«El Misterio pascual de la Cruz y de la Resurrección de Cristo está en el centro de la Buena Nueva que los Apóstoles, y la Iglesia a continuación de ellos, deben anunciar al mundo. El designio salvador de Dios se ha cumplido de "una vez por todas" (Hb 9, 26) por la muerte redentora de su Hijo Jesucristo».

Se anuncia el gran acontecimiento de la salvación, que ha sido vivido por Jesucristo en su Pascua. Esa Pascua –realización de nuestra salvación–, tiene dos momentos que forman un único acontecimiento salvador: **LA CRUZ y LA RESURRECCIÓN**.

Por la Cruz y la Resurrección de Cristo hemos sido salvados. La cruz y la resurrección están en el centro del Evangelio. Por eso los apóstoles, las primeras comunidades cristianas y la Iglesia, a lo largo de los tiempos, lo han anunciado y deben anunciarlo al mundo por mandato del Señor.

El Señor ha vivido un misterio trascendental sin el cual nuestra salvación no hubiera sido realizada. Toda la vida de Cristo es salvadora, pero en su vida hay un acontecimiento clave, decisivo, que es a Pascua. En ese acontecimiento salvador se suceden el momento de la pasión y el momento de la glorificación del Señor.

Esto responde a un plan de salvación –nos sigue diciendo el Catecismo–, a un designio salvador de Dios que, pensado desde toda la eternidad, se ha cumplido de una vez para siempre por la muerte redentora de su Hijo, Jesucristo. Es decir, hay un plan de salvación de Dios que va guiando la historia y llega a su cumplimiento en la pascua de Cristo.

Un acontecimiento que se cumple de una vez por todas, de una vez para siempre, es decir, que no **necesita ser repetido porque tiene una eficacia única**: por la cruz y la resurrección del Señor hemos sido salvados, por la muerte redentora de Jesucristo se ha realizado la salvación del mundo.



Por lo tanto, se trata del **núcleo de nuestra fe cristiana**, por el que reconocemos y proclamamos a **Jesucristo** como **nuestro Salvador**. Él, siendo Dios hecho hombre, **nos ha salvado por su Cruz y su Resurrección. Esta es la gran bendición de Dios**. En Cristo crucificado y resucitado Dios ha salvado a la humanidad, este es el gran gozo, la gran alegría que todos tenemos que creer, que tenemos que recordarnos unos a otros, que tenemos que proclamar ante todos los hombres. La gran bendición nos ha venido por la Cruz de Cristo.

¿Qué significa Evangelio de la Cruz? Sabemos que Evangelio es la Buena Noticia, es el mensaje que Dios dirige a los hombres para que se llenen de gozo, para que descubran que el camino de la felicidad está abierto; es la gran noticia que nos anuncia la obra salvadora de Dios. Dios ha bendecido a la humanidad a través de la cruz y resurrección de Cristo. Y hablar del Evangelio de la Cruz significa anunciar, una vez más, nuevamente, hasta el final de los tiempos que **la cruz es el camino de la bendición de Dios para la humanidad**.

Todos sabemos la importancia de la Cruz pero también es verdad que **pocos han sabido acoger en el corazón este misterio**. Pues si hablar de la Cruz es hablar de nuestra redención, hay algo en nuestro corazón que nos hace pasar por la cruz como “*de puntillas*”, porque al ver al Señor crucificado, al verle sufrir, al saber que esto es por nuestros pecados, nos encogemos por dentro, quisiéramos que esto pasara enseguida. Es verdad que este misterio que hay que proclamarlo, hay que acogerlo y creer que nos salva, pero... *Nosotros preferimos que nos hablen de otras cosas*, que nos hablen de la Navidad, de la Resurrección... ¡Cuánto nos cuesta contemplar la cruz del Señor!

Pero **la cruz del Señor es el gran misterio de amor de Dios. Dios ha manifestado la locura de su amor por los hombres** precisamente a través de la cruz de Cristo. Nosotros no podemos pasar de puntillas por este misterio, necesitamos **pedirle al Espíritu Santo** que nos haga **mirar la cruz con la mirada entrañable, amorosa de Dios Padre**, necesitamos que el Espíritu Santo nos ayude a acercarnos a la cruz desde el corazón tal como fue vivida, es decir, desde el corazón de nuestro redentor, de Jesucristo.

Necesitamos que el Espíritu Santo nos ayude a **mirar la cruz con los ojos de María, que estaba allí al pie de la cruz**. Yo os pediría que nos situáramos allí, junto a la Virgen, que nos cogiéramos de su mano, en aquella escena que nos narra de manera preciosa el evangelio de san Juan en el capítulo 19, que realmente nos reconozcamos todos **en el lugar del discípulo amado**. Allí, junto a la Virgen, cogidos de su mano, enseñados por ella, levantemos la mirada y vemos al Señor, al Señor crucificado, al Señor con los brazos abiertos, con los pies y las manos clavados al madero. Una mirada que nos penetra hasta lo más profundo, ese Señor que dice: «*tengo sed*». Ese Señor que dice: «*Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado*». Ese Señor que dice: «*todo está cumplido*». Ese Señor que dice al Padre: «*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*». Y ese Señor que expira, que entrega el Espíritu, y que después le traspasan el costado del que sale sangre y agua.

Nosotros ahí junto a María vemos cómo el Señor se ha convertido en una fuente, de sus llagas y de sus heridas la humanidad de Cristo se ha convertido en una fuente de bendición para el mundo. Y así, cogidos de la mano de María nos sentimos bendecidos por el Señor. **La cruz**, terrible, tremenda, **es también nuestra salvación**, la causa de nuestra bendición. Así, de la mano de María nos sentimos amados, redimidos, salvados. **Contemplamos el amor del Señor**. Ese amor que le ha subido a la cruz, ese amor que lo supera todo, ese amor que le ha hecho solidario con los pecadores, ese amor que nos habla de la sed de Dios, que nos habla también de la necesidad que tenemos los hombres de ser redimidos. Contemplamos de la mano de María a Jesús nuestro salvador, contemplamos su amor, así, en silencio.



Vamos ahora a escuchar lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica acerca de Jesús crucificado, siguiendo los títulos. Lo haremos con una gratitud inmensa a nuestro Redentor.

Texto (CIC 598) _____

“Todos los pecadores fueron los autores de la Pasión de Cristo”

Esta es la fe de la Iglesia. Es verdad que hay unas causas históricas concretas. Jesús ha vivido un proceso, ha sido condenado a muerte y ha sido ejecutado. Hay unas circunstancias históricas concretas y unos personajes concretos, pero más allá de esas circunstancias, nosotros sabemos cómo todos los pecadores hemos sido los autores de la pasión de Cristo. Esto es importante, porque el mayor crimen, el mayor pecado que ha sucedido en la historia de la humanidad es que los hombres hemos matado a Dios hecho hombre. La cruz de Cristo la hemos provocado nosotros, hemos matado al Señor. Esto es así de fuerte, así de crudo y así de real.

Pero, por otra parte, –qué impresionante–, el gran crimen ha sido convertido en **la gran causa de la bendición del mundo**. Dios ha transformado este gran pecado, el pecado por antonomasia que ha sucedido en la historia de la humanidad, en la gran causa de bendición del mundo. La humanidad ha sido redimida por esta muerte, aceptada por Jesús desde lo más profundo de su corazón.

De aquí que **mirando a la cruz** ¡cómo no voy a **estar agradecido!**, ¡cómo no voy a **pedir perdón!**, ¡cómo no va a brotar de mi corazón un “*gracias*” eterno! Nuestra eternidad será, con todos los que estemos en el cielo, decirle eternamente a Jesús: «*Gracias, Señor, porque me salvaste. Gracias porque permitiste que yo te crucificara y porque gracias a esa cruz, puedo estar aquí contigo por toda la eternidad*».

Texto (CIC 599-600) _____

“Jesús entregado según el preciso designio de Dios”

Empieza ahora a hablarnos el Catecismo de la muerte redentora de Cristo en el designio divino de la salvación, es decir que la muerte de Cristo es una muerte que no ha sido fruto del azar, no ha sido una casualidad, sino que ha sido algo pensado, previsto y querido por Dios para la salvación de los hombres. Es verdad que Jesús ha sido entregado y crucificado por los hombres, pero esto ha sido previsto desde toda la eternidad por Dios Padre y Dios, que lo ha querido para que seamos salvados.

Texto (CIC 601) _____

"Muerto por nuestros pecados según las Escrituras"

El pecado es lo que ha originado la necesidad y la conveniencia de la cruz. La cruz es el camino para nuestra salvación, ha aparecido el pecado en el mundo y el mundo necesita ser redimido. Esta redención ha sido anunciada por Dios en las Escrituras. Ya el primer anuncio se hizo a continuación del pecado, cuando se anunció ese primer evangelio, el protoevangelio, cuando se habla de la mujer y su descendencia que vencerá a la serpiente, al Maligno que ha engañado al hombre y le ha inducido a pecar (Gn 3,15).

A lo largo de toda la historia de la salvación, desde la Antigua Alianza, Dios ha ido preparando y anunciando que, a través de la muerte redentora del siervo del Señor, va a ser realizada la redención. El mismo Jesús ha comprendido y presentado su vida y su entrega en la cruz a la luz de la Escritura.

Texto (CIC 602-603) _____

"Dios le hizo pecado por nosotros"

Así ha sucedido. **Según el designio de Dios y a causa de nuestros pecados, como lo habían anunciado las Escrituras. Y esto ¿por qué? Porque los hombres necesitamos ser salvados.** Nos dice san Pablo: *«Dios, a quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él»*. Dios Padre quiso que Jesús asumiera nuestra situación. En ese abrazo a la humanidad pecadora y en ese sacrificio hecho libre y conscientemente por Él, hemos sido salvados.

Texto (CIC 604-605) _____

"Dios tiene la iniciativa del amor redentor universal"

Dios nos ha amado primero, nos ha amado de manera fiel y no se ha echado atrás ante nuestro pecado. El amor redentor de Dios es universal, nadie está excluido del amor de Dios. Esto es de fe: no hay un solo hombre ni una sola mujer por quien Cristo no haya muerto. Cristo ha muerto por todos y cada uno de nosotros.

Texto (CIC 606-607) _____

"Toda la vida de Cristo es ofrenda al Padre"

Es importante darse cuenta cómo toda la vida de Cristo ha sido vivida en amor. El Hijo al encarnarse dice: *«Heme aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu voluntad»*. Jesús ha vivido en plena comunión de amor con el Padre, en un "sí" constante a su voluntad, obediente y dócil al Padre. Pero, si toda su vida es ofrenda al Padre, hay un momento decisivo en la Pascua de Cristo donde el Señor entra y se sumerge en el misterio del pecado, **es en el momento de la agonía de Getsemaní.**

Texto (CIC 608) _____

"El Cordero que quita el pecado del mundo"

Jesús, como lo anunció Juan Bautista es el Cordero que quita el pecado del mundo, porque lo toma y lo lleva sobre sí. Jesús se presentó a sí mismo desde esta luz, como lo había anunciado el profeta Isaías en el capítulo 53, o como había sido anunciado en el misterio de la Pascua, en aquel cordero pascual degollado cuya sangre permitió que los israelitas fueran liberados y pudieran salir de Egipto. Jesús es el verdadero cordero que quita el pecado del mundo. Él ha entendido cómo en el centro de su vida, de su misión estaba esto, porque Él no ha venido a ser servido sino a servir y dar la vida en rescate por todos

Texto (CIC 609) _____

"Jesús acepta libremente el amor redentor del Padre"

Jesús ha venido enviado por el Padre. El que tiene la iniciativa de todo es el Padre que quiere salvar a los hombres. Jesús, encendido en este amor del Padre por los hombres, acepta el plan redentor. Hay que abrazar la humanidad, hay que expiar el pecado, hay que redimir a la humanidad pecadora. Y Jesús, libre y conscientemente, acepta y vive en unión con el Padre este amor apasionado por los hombres, se entrega para que sean salvados.

¡Qué grandeza la del amor del Señor! ¡Mira a Jesús! Mírale cogido de la mano de María, mírale y contéplale en la cruz, en la que se ha subido por amor a ti, Él que te ama hasta el extremo. *«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo»*. Cada uno de nosotros tenemos que decirlo de manera personal.

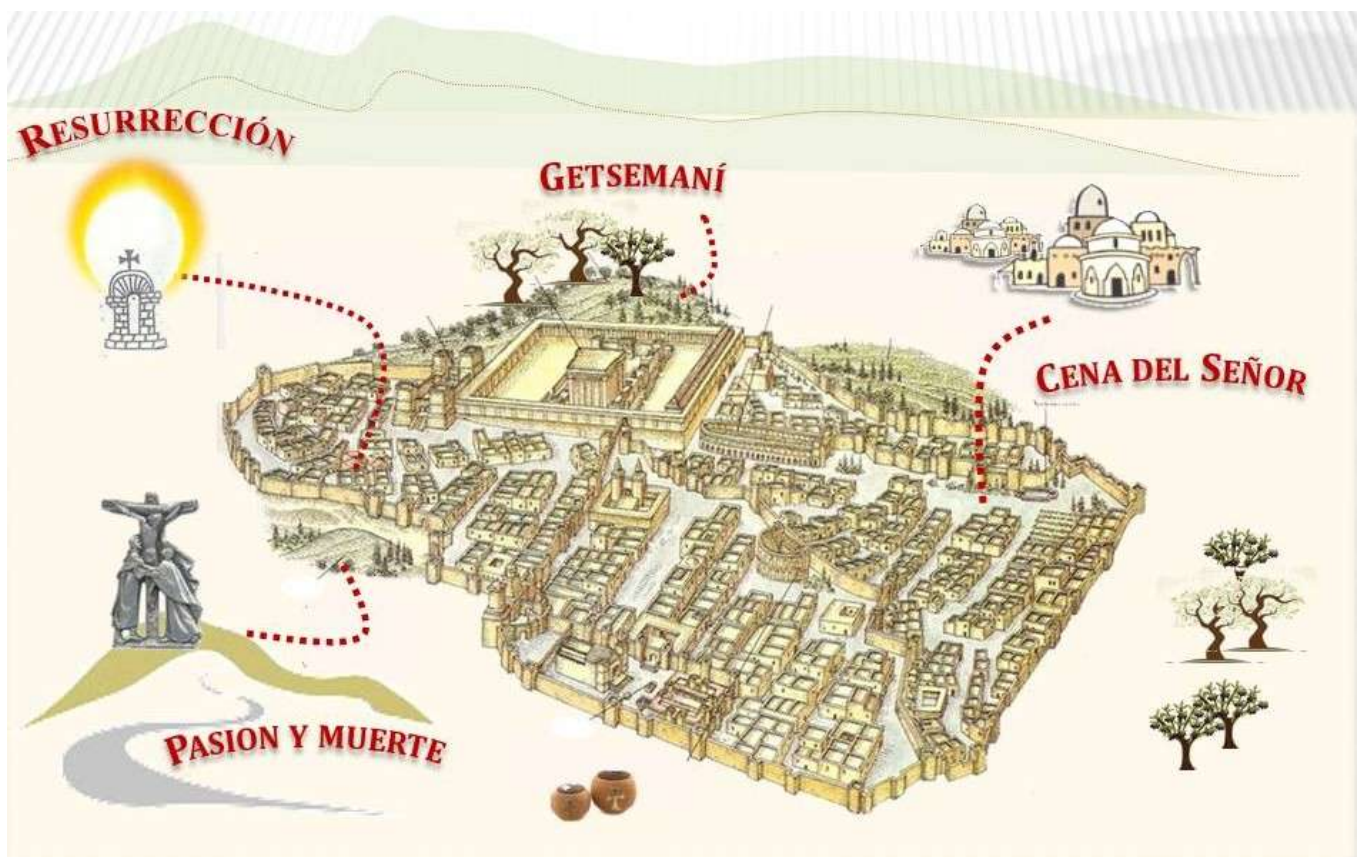
De la misma manera, podemos decir con san Pablo: *«Vivo de la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí»* (Ga 2,20). Sí, este es el amor del Señor.

Texto (CIC 610-611)

“Jesús anticipó en la cena la ofrenda libre de su vida”

Hemos dicho que toda la vida del Señor es ofrenda, pero la ofrenda decisiva que comienza y empieza en la pasión, es anticipada en la última Cena, donde instituye la Eucaristía como memorial de nuestra redención. El Señor entra en la pasión de una manera regia, como Rey que viene a entregarse por la salvación de los hombres, y Él sabe también que de la cruz va a brotar la salvación para toda la humanidad, que ha de extenderse a toda la historia. Por eso el Señor nos regala el gran Sacramento, instituye la Eucaristía, que hará posible que en todo tiempo los hombres podamos participar de su entrega, de su redención.

Ahora, por unos momentos, meditamos y miramos a Jesús. Hemos contemplado cómo Dios quiere nuestra salvación. Jesús acepta el plan del Padre que pasa por su entrega, su pasión y su Cruz. Todo esto, vivido por amor a nosotros, el Señor lo hace Sacramento, para que nosotros podamos participar siempre del misterio de nuestra salvación.



Texto (CIC 612)

“La agonía de Getsemaní”

El Señor nos ha salvado por su cruz, la obra de la salvación entra en la fase decisiva a partir de la agonía de Getsemaní. Allí el Señor entrando en oración vive ese momento decisivo, ese “sí” donde la voluntad humana de Cristo se adhiere a la voluntad divina. Él dice “sí” con todas las consecuencias; su “hágase”, pronunciado en el silencio de la Trinidad y que hizo descender al Hijo de Dios al mundo, que tuvo resonancia en el “sí” de María en la anunciación, vuelve a resonar ahora de manera decisiva *«hágase tu voluntad, Padre»*. El Señor, en esa agonía, comienza la pasión y la crucifixión.

“La muerte de Cristo es el sacrificio único y definitivo”

El Señor desde Getsemaní ha comenzado la pasión. Va a ser arrestado en el huerto de los olivos, lo llevarán de un sitio para otro, juzgado, condenado, humillado; va a padecer, subirá hasta el calvario y será crucificado. A través de la cruz y de la muerte, el Señor lleva a consumación el verdadero sacrificio que nos salva.

Esta es la gran luz para entender la cruz y la muerte del Señor: es el sacrificio único y definitivo, es el sacrificio pascual que trae la redención definitiva de los hombres, el sacrificio de la Nueva Alianza que devuelve a los hombres la comunión con Dios por la sangre derramada en la cruz para la remisión de los pecados.

Este sacrificio de Cristo es único, da plenitud y sobrepasa a todos los sacrificios (Hb10, 10). Ante todo es un don del mismo Dios Padre: es el Padre quien entrega al Hijo para reconciliarnos con él (Jn 4, 10). Al mismo tiempo es ofrenda del Hijo de Dios hecho hombre que, libremente y por amor (Jn 15, 13), ofrece su vida (Jn 10, 17-18) a su Padre por medio del Espíritu Santo (Hb 9, 14), para reparar nuestra desobediencia.

El texto nos dice con mucha precisión que **este sacrificio** es un don de Dios Padre. Es el Padre quien entrega al Hijo para reconciliarnos con Él. Recordamos las palabras del evangelio de san Juan: «*tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna*». Es **don del Padre y ofrenda del Hijo**, Dios encarnado que libremente y por amor ha aceptado el sacrificio con espíritu redentor, es decir, con una finalidad bien concreta, por nuestra salvación.

Es una **ofrenda de Cristo** ¿hecha a quién? **Al Padre**. ¿Por causa de quién? Por nuestra causa, por nosotros, los hombres, porque nos ama. ¿Cómo? **Por medio del Espíritu Santo**. Como dice la Carta a los Hebreos: «*Se ofreció al Padre en virtud del Espíritu eterno*». Si Cristo se encarnó por obra y gracia del Espíritu Santo también nos salva por obra y gracia del Espíritu Santo.

“Jesús reemplaza nuestra desobediencia por su obediencia”

Sabemos que en la raíz del pecado ha estado la desobediencia a Dios. ¿Cómo ha redimido Jesús? Reparando nuestra desobediencia. Él se ha hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz, y así ha sanado nuestros pecados.

“En la cruz, Jesús consume su sacrificio”

«El "amor hasta el extremo"(Jn 13, 1) es el que confiere su valor de redención y de reparación, de expiación y de satisfacción al sacrificio de Cristo. Nos ha conocido y amado a todos en la ofrenda de su vida (Ga 2, 20; Ef 5, 2. 25). "El amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron" (2 Co 5, 14). Ningún hombre aunque fuese el más santo estaba en condiciones de tomar sobre sí los pecados de todos los hombres y ofrecerse en sacrificio por todos. La existencia en Cristo de la persona divina del Hijo, que al mismo tiempo sobrepasa y abraza a todas las personas humanas, y que le constituye Cabeza de toda la humanidad, hace posible su sacrificio redentor por todos».

El amor del Señor es lo que ha hecho que su entrega tenga **valor redentor, reparador, expiatorio y de satisfacción**. Fijaos en la frase preciosa que cita el Catecismo: «*Cristo nos ha conocido y amado a todos en la ofrenda de su vida*». Siente en tu corazón cómo el Señor te repite lo que vivía cuando se acercó a la pasión: «*¡te conozco y te amo y me ofrezco por ti, te quiero hasta la muerte y muerte de cruz!*».

De aquí que san Pablo nos diga: *«el amor de Cristo nos apremia»*. ¡Cómo no nos va a apremiar el amor de Cristo! ¡Cómo no nos va a quemar el amor de Cristo, si el Señor se ha subido a la Cruz por nosotros! Sólo el Señor, el Verbo encarnado, estaba en condiciones de sobrepasar y llevar sobre sí los pecados de los hombres.

«Por su sacratísima pasión en el madero de la cruz nos mereció la justificación, enseña el Concilio de Trento, subrayando el carácter único del sacrificio de Cristo como "causa de salvación eterna" (Hb 5, 9). Y la Iglesia venera la Cruz cantando: "Salve, oh cruz, única esperanza"».

“Te adoramos oh, Cristo y te bendecimos porque por tu Santa Cruz has redimido al mundo”. Cuántas veces proclamamos y cantamos esto, especialmente cuando celebramos la pasión del Señor en la Semana Santa, de manera especial el gran día de la entrega del Señor, el Viernes Santo.

Texto (CIC 618)

“Nuestra participación en el sacrificio de Cristo”

La Cruz es el único sacrificio de Cristo "único mediador entre Dios y los hombres" (1Tm 2, 5). Pero, porque en su Persona divina encarnada, "se ha unido en cierto modo con todo hombre" (GS 22, 2), él "ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, se asocien a este misterio pascual" (GS 22, 5). Él llama a sus discípulos a "tomar su cruz y a seguirle" (Mt 16, 24) porque él "sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas" (1 P 2, 21). Él quiere en efecto asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios (Mc 10, 39; Jn 21, 18-19; Col 1,24). Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (Lc 2, 35).

El Señor –es un gran misterio– se ha unido en cierto modo a todo hombre y ofrece a todos la posibilidad de asociarnos a su misterio pascual. De aquí que el Señor decía a los discípulos: *«El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame»*. Porque Él, sufriendo, nos ha dejado un ejemplo para que sigamos sus huellas.

Jesús quiere asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios. Nosotros estamos llamados también a participar de su sacrificio. ¡Aquí está la gran luz de la Misa! Es el gran regalo que nos hace el Señor. En la Eucaristía recibimos el fruto de su ofrenda y nos asociamos a su sacrificio redentor.

Termina el texto del Catecismo con una oración de santa Rosa de Lima:

«Fuera de la Cruz no hay otra escala por donde subir al cielo».

Acogiendo las palabras del Catecismo de la Iglesia Católica, hemos meditado el evangelio de la Cruz, hemos re-descubierto, hemos re-escuchado nuestra gran noticia: ***«el Señor nos ha salvado»***. La Cruz es la gran bendición de Dios para el mundo.

*Alabado y bendito seas Jesús.
Gracias a Ti, Señor, que nos has salvado.
Tú que ahora resucitado llevas esas llagas gloriosas,
signo perenne y eterno de la entrega que has hecho por nosotros en la Cruz.
Alabado y bendito seas por siempre.*

✠ ✠ ✠

Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid, el 24 de febrero de 2008

SUGERENCIAS PARA ORAR

Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal y a la comprensión del texto:

Paso a paso...



Invocación al Espíritu

Pide que te ilumine y te abra a la comprensión de la Palabra



Lectura del texto

Lee de forma pausada para captar qué dice el texto



Meditación

¿Qué me dice el Señor en este encuentro?



Oración

Respondo al Señor, de corazón a corazón



Compromiso

Salto a la vida con otra actitud

Como resumen del texto, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ ¿Qué sentimientos suscita en ti el relato de la Pasión?
- ✓ ¿Cómo reaccionamos ante la cruz de Cristo? ¿Abandono a Jesús cuando los acontecimientos en mi vida no empiezan a marchar bien? ¿Cuántas veces he negado a Jesús?
- ✓ ¿Qué pecados míos quedan crucificados en la Cruz de Cristo?
- ✓ ¿Qué impulsos de amor, de perdón y de servicio hacia personas concretas siento hoy en comunión con el Crucificado?
- ✓ Jesús, desde la Cruz, gritó con voz potente: «*Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?*» Esta exclamación pertenece al Salmo 22 (21) oración del justo perseguido, ¿Conoces el salmo completo? Podemos contemplar a Jesús meditando este salmo.
- ✓ ¿Qué enseñanza nos da María, de pie, junto a la cruz? En el sufrimiento de María resuenan las palabras del libro de las Lamentaciones 1, 12.
- ✓ Para la meditación personal, puede ayudarte la oración de la Liturgia de las Horas: “*En esta tarde, Cristo del calvario...*” (viernes de la 1ª semana del salterio, himno de Vísperas).